



IN MEMÓRIAM

Claudio



MIGUEL AGUILAR

ay mucho de irreal en este acto increíble e inevitable de despedida, del que Claudio hubiera huido engentado hace horas. Para mí, esa irrealidad se resume en dos estampas. La semana pasada comenzaba con un plan sobre la mesa —Claudio siempre tenía planes apetecibles sobre la mesa—: el sábado 12 comeríamos en su casa, por su cumpleaños. En vez de eso, el sábado 12 Ángeles, Ignacio, Jacobo, Jimena, Karla, Thor y yo nos reuníamos para empezar a pensar en su funeral. La segunda tuvo lugar hace apenas dos meses en una sala parecida a es-

ta: Claudio subió al estrado y nos hizo reír a todos con un maravilloso discurso sobre su padre. Convirtió la pena en celebración. Suena fácil decirlo.

Estoy aquí a petición de Ángeles y también en representación de la editorial, pero quiero pensar que además hablo en nombre de tantos y tantos que le quisimos en tantos sitios —la ventaja de estar poco rato en cada lugar es que puedes abarcar muchos—. Como una fuerza de intervención rápida, Claudio se desplegaba para actuar sin problemas en cualquier entorno: yo le he visto operar en Madrid, Barcelona, Comillas, Madagascar, Segovia, Oviedo, Londres, Fráncfort, París, el Ampurdán, Buenos Aires, Cartagena de Indias, Nueva York, Puerto Escondido y Guadalajara, y no es una lista exhaustiva. En todas partes dominaba el terreno y sabía perfectamente dónde ir y cuál era el mejor restaurante. Eran intervenciones incruentas en las que no había que lamentar ninguna baja y en las que pude

observar de primera mano cómo funcionaba el estilo López de fascinación automática y escritores, periodistas, agentes, editores rivales y hasta transeúntes acababan atrapados en su campo gravitacional. Su capacidad de conexión, su química interpersonal era inmediata. Antes de darte la mano ya te había incorporado a su mundo, en sus propios términos.

Claudio decía que el de editor es el mejor oficio del mundo, y tenía razón. Una de sus ventajas es que mucha gente que te conoce y te quiere escribe muy bien. Lo hemos comprobado estos días con un aluvión de semblanzas llenas de pena y de cariño, de verdad y de emoción. Quiero rescatar dos imágenes. La primera es de Alberto Olmos, que me hizo recordar algo que con la cercanía había medio olvidado: Claudio molaba. Joder que si molaba. Cuando llegué a Barcelona en 1999 Claudio era el editor más *cool* de la ciudad más *cool* del mundo. Molaba todo, Claudio.

IN MEMÓRIAM

La vida cambia en un instante



ELVIRA
NAVARRO

no de los artículos más hermosos que se escribieron tras fallecer Claudio López Lamadrid lo firmaba Inés Martín Rodrigo en *ABC*, y arrancaba con esta cita demoledora de *El año del pensamiento mágico* de Joan Didion: “La vida cambia deprisa. La vida cambia en un instante. Te sientas a cenar y la vida que conocías se acaba.” La novela autobiográfica de Didion cuenta la muerte inesperada de su marido mientras la hija de ambos estaba en coma. La variación del mismo hecho traumático le da forma. En una entrevista publicada en el diario *El País*, la autora estadounidense afirmaba que dicha forma fue inevitable. “No me resultó posible empezar el libro hasta que comprendí que tenía que reproducir con toda fidelidad la manera en que viví la experiencia de la muerte de John”, decía. Didion volvió obsesivamente sobre los momentos más dolorosos, pues cada vez que los visitaba, su visión sobre ellos se transformaba un poco. La experiencia de escribir ese libro fue para ella iluminadora, esto es, transformadora, por la vía de la repetición, pues en contra de lo que pueda pensarse, retornar a un hecho no produce siempre el mismo efecto, y la experiencia del hecho no se separa de su efecto: por ello se produce la mutación. Cuando se sufre un *shock*, los psicólogos procuran que quien lo ha padecido hable cuanto antes. No es solo que al compartirlo el dolor se haga más llevadero; es que el

se celebraba sin él —casco, niño, moto—. Claudio tenía el ingrediente secreto que hacía que todo saliera bien. Los autores le adoraban, sus equipos le veneraban —su apodo, que tanto le gustaba, era Amado Jefe—. Ayer reunió aquí a seiscientas personas, otras tantas han venido hoy, las muestras de dolor recorren el planeta. Se inventaba cláusulas inexistentes para impedir que los libros salieran en bolsillo y acuerdos verbales con los autores que le daban la razón en todo. Al principio pensé que los demás le creían, luego me di cuenta de que simplemente se imponían la admiración que despertaba y la fuerza de su personalidad. Su éxito es el ejemplo perfecto —como Sonny Mehta, como Robert Gottlieb— de la feliz combinación de un engranaje gigante y una personalidad extraordinaria. América, su gran vocación, ha perdido no solo a su gran timonel, sino a un *booligan* de sus letras. Nosotros no hemos perdido solo un editor, nos falta un trozo de alma.

La imagen de invulnerabilidad que proyectaba hacía que no tuviéramos nunca ninguna duda de que todo saldría siempre bien, incluso el viernes pasado cuando salía en camilla de la editorial. “Tiene que salir bien”, decíamos. Teníamos tanto y tan bueno por hacer. Tantas ferias, tantos viajes, tantos libros, tantos chismes, tantos motes. Pero no. Claudio nos falló el viernes, o quizá fue fiel a sí mismo y a esa huida eterna.

Queremos a la gente porque somos felices con ellos. Yo he sido muy feliz con Claudio —salvo durante las monumentales broncas, siempre merecidas, de los primeros años—. Pero me lo he pasado tan bien con él en tantos sitios durante tantos años que me compensa sin duda el inmenso dolor que ahora siento. Carmen, Jacobo, Jimena, Ángeles, recibid en su nombre la gratitud de tantos a los que hizo felices. —

Este texto fue leído en el funeral del editor Claudio López Lamadrid en Barcelona.

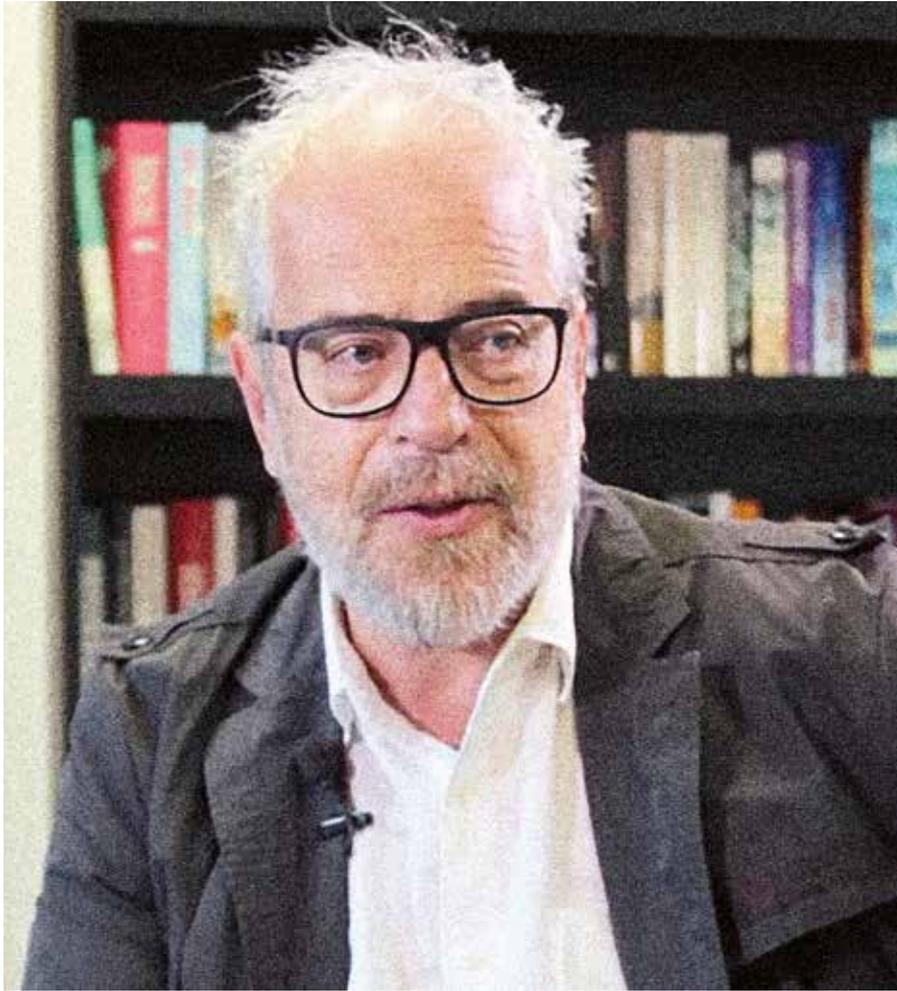
MIGUEL AGUILAR es director editorial de Debate y Taurus.

La otra es de Andreu Jaume, a quien tanto quiero, que comparó a Claudio con Próspero, el duque exiliado de *La tempestad*, el señor de los libros, el mago que vela por todos y hace que siempre ocurran cosas a su alrededor. Claudio, en efecto, generaba esa sensación —que velaba por todos—. Era un factor estructural, un elemento sistémico, una especie de constante cosmológica que lo equilibraba todo. Su mera existencia garantizaba que todo saldría bien, si algo se torcía siempre podía uno recurrir a él.

Aunque sabía de él vagamente desde antes, conocí a Claudio en el verano de 2000 o 2001 en el Molino de Roiz. Cuando unos años más tarde me llegó el momento de dejar Tusquets, como le había ocurrido a él años antes, le llamé con un plan descabellado: quería montar una editorial con una amiga. Reuníamos un capital exiguo y una experiencia despreciable. Su respuesta fue aún más disparatada: me fichó.

Si su tío Toni me abrió la puerta del mundo editorial, Claudio me enseñó dónde estaba todo, me dio una copia clandestina de las llaves y se bebió conmigo parte de la bodega de los dueños. Le debo mi empleo, en parte mi matrimonio y hasta la bici que uso a diario me la dio él cuando la mía desapareció en turbias circunstancias. Nuestra amistad era totalmente asimétrica —solo me consuela pensar que se lo dije varias veces, sin lograr que me hiciera mucho caso—. Creo que no ha habido ningún asunto importante de los últimos quince años que no haya hablado con él, y en el que no me haya ayudado, a veces sin decir nada, porque Claudio no decía mucho y a veces tampoco se le entendía, pero decía sin decir y estaba sin estar. En eso era un genio.

Convocaba reuniones en su despacho y se iba agobiado a los diez minutos. Montaba una cena llena de entusiasmo el lunes, la cancelaba el martes, el miércoles reconvocaba con distintos invitados, el jueves cambiaba de restaurante, el viernes finalmente



Claudio López Lamadrid ha sido como James Stewart en *¡Qué bello es vivir!*, no porque renunciase a sus sueños, sino por su papel de benefactor para muchos.

significado de la experiencia se puede modificar, que es igual que decir que puede cambiarse la experiencia.

Han pasado tres días desde el deceso de Claudio, y he recordado el artículo de Inés y el libro de Didion porque me he sorprendido no pocas veces, durante estas 72 horas, volviendo al momento en el que supe de su muerte, reproduciendo mentalmente esa secuencia que comenzó con la oscuridad de las siete de la tarde, cuando me llamó una amiga, y yo corté la llamada porque estaba en plena visita familiar y le escribí un wasap para decirle que la llamaba luego, y ella me respondió “Elvira / Llámame / Tengo

que decirte una cosa.” Esta amiga no es una persona dramática, y por eso me preocupó la seriedad de su mensaje. Me levanté de la reunión, salí al pasillo, la llamé. “¿Qué pasa?”, fue mi saludo. “A Claudio le ha dado un infarto”, dijo ella, y añadió algo que no oí o no quise escuchar, algo envuelto en un sollozo. “¿Pero está bien?”, le pregunté, porque no se me ocurrió pensar que hubiese fallecido, como si la idea de muerte no fuera con Claudio, con el todopoderoso Claudio. “Elvira, está muerto. Está en muerte cerebral.”

Lo que sigue es estupefacción. Aún me dura. No he salido de esas palabras, y por ello las escribo

aquí. Apenas pude pegar ojo esa madrugada, como si le velara, y pasé las veinticuatro horas siguientes leyendo artículos sobre Claudio, intercambiando mensajes con escritores y escritoras de la casa, con su equipo, con gente que le quería. Únicamente eso me consolaba. Me di cuenta de que lo de volver al momento exacto en que se recibió la noticia —el impacto, el abismo— no era solo cosa mía. “Me enteré en un restaurante, por la noche”, “me enteré porque me llamó fulanito”, “me enteré por un tuit”. Había también una necesidad de desarrollar qué había pasado después de enterarnos. “Lloré durante más de una hora”, “me puse muy nerviosa”, “no sabía que me fuera a afectar tanto”, “estoy aturdido”. De nuevo, la repetición como manera de afrontar lo incomprendible. Zarandear el asunto a base de regresar a él, a ver si algo cambia.

Ayer fue el funeral en Sant Gervasi, tanatorio que está donde Barcelona empieza a ser montaña. Desde él se ve toda la ciudad, y el mar bellísimo y cegador por la luz, que caía brumosa y al mismo tiempo clara. Unas seiscientas o setecientas personas nos acercamos a despedirnos de Claudio; en la gran estancia donde se dijo una brevísima eucaristía, y donde la familia y los amigos le dedicaron conmovedores discursos, no hubo asientos para todo el mundo, y la gente se arracimaba donde podía. Me vino a la cabeza la película *¡Qué bello es vivir!*, que cuenta qué pasa cuando alguien falta. Todos somos, en alguna medida, importantes para los demás, aunque sea para unas pocas personas o una mascota. Claudio ha sido como James Stewart en la peli de Capra, no porque renunciase a sus sueños, sino por su papel de benefactor para muchos. En unos tuits, Gonzalo Torné dijo de él que concentró mucho poder rehuendo la intriga, y que jamás se mostró cruel ni cobarde. Y por eso también estábamos ahí: por su ejemplo moral. —

ELVIRA NAVARRO (Huelva, 1978) es escritora. Acaba de publicar *La isla de los conejos* (Literatura Random House).

AGENDA

FE BRE RO

EXPOSICIÓN WOLF VOSTELL

El Museo de Arte Contemporáneo de León presenta VIDA=ARTE=VIDA, un recorrido por la obra del artista alemán.

MÚSICA YO LA TENGO

El grupo *indie* actúa en Santiago, San Sebastián, Madrid, Zaragoza y Barcelona el 8, 9, 11, 12 y 13 de febrero.



EXPOSICIONES JAUME PLENSA

El Museo Reina Sofía ofrece hasta el 3 de marzo "Invisibles" y el MACBA presenta hasta el 22 de abril una retrospectiva de la obra de uno de los artistas españoles más internacionales.

MÚSICA FESTIVAL CARA B

Novedades Carminha, Kinder Malo & Pimp Flaco, La Zowi, Soleá Morente & Napoleón Solo y Pedro Ladroga son algunos de los artistas y grupos que actúan en este festival el 15 y 16 de febrero en Barcelona.



PSICOLOGÍA

Diez malas noticias sobre la naturaleza humana

E

CHRISTIAN
JARRETT

s una cuestión que ha reverberado durante años: ¿son los seres humanos, pese a sus imperfecciones, criaturas esencialmente amables, sensibles y buenas? ¿O estamos, en el fondo, programados para ser malvados, llenos de prejuicios, y somos vagos, vanidosos, vengativos y egoístas? No hay respuestas fáciles, y existe claramente una amplia variación entre individuos, pero aquí arrojamos luz con datos sobre el tema a partir de diez descubrimientos desalentadores que revelan los aspectos más oscuros y menos sorprendentes de la naturaleza humana:

Deshumanizamos a las minorías y a los más vulnerables. Un sorprendente ejemplo de esta deshumanización tan flagrante proviene de un estudio de escáneres cerebrales que descubrió que un pequeño grupo de estudiantes exhibía menos actividad neuronal asociada a pensar sobre personas cuando observaron imágenes de vagabundos y drogadictos, en comparación con individuos de mayor estatus. Otro estudio demostró que la gente que se opone a la inmigración árabe tiende a evaluar a los árabes y musulmanes como literalmente menos evolucionados que la media. Entre otros ejemplos, también hay evidencia de que los jóve-

nes deshumanizan a los ancianos; y de que tanto hombres como mujeres deshumanizan a las mujeres borrachas. Es más, la inclinación a la deshumanización comienza pronto: a los cinco años los niños ven las caras de los otros (gente de ciudades diferentes o género diferente al del niño) como menos humanas que las de los propios.

Experimentamos *Schadenfreude* (el placer que nos produce el sufrimiento de otra persona) a partir de los cuatro años, según un estudio de 2013. Esa sensación aumenta si el niño percibe que la otra persona merece el sufrimiento. Un estudio más reciente descubrió que, a los seis años, los niños pagarían por observar cómo pegan a una marioneta, en vez de gastarse ese dinero en pegatinas.

Creemos en el karma: pensamos que los más desfavorecidos del mundo se merecen su situación. Las desafortunadas consecuencias de estos pensamientos se demostraron por primera vez en un estudio ya clásico de 1966 de los psicólogos estadounidenses Melvin Lerner y Carolyn Simmons. En su experimento, en el que una estudiante es castigada con descargas eléctricas tras cada respuesta errónea, las mujeres participantes la valoraron como menos agradable y admirable cuando escucharon que volverían a verla sufrir de nuevo, y especialmente si se sentían incapaces de reducir su sufrimiento. Desde entonces, las investigaciones han mostrado nuestra disposición a culpar a los pobres, a las víctimas de violaciones, a los pacientes con VIH y a otros por su mala suerte, para así preservar nuestra creencia en un mundo justo. Posiblemente los mismos procesos o similares están detrás de nuestra opinión subconsciente positiva sobre los ricos.

Tenemos prejuicios y somos dogmáticos. Si la gente fuera racional y abierta de mente, entonces la manera más directa de corregir las creencias falsas de alguien sería presentarle datos relevantes. Sin embargo, un estudio clásico de 1979 demostró la futilidad de esta estrategia; los participantes que es-

taban firmemente a favor o en contra de la pena de muerte ignoraban completamente los hechos que cuestionaban su postura, e incluso estos les reafirmaban en ella. Esto parece que ocurre en parte porque consideramos que los hechos que van contra nuestras ideas están cuestionando nuestra sensación de identidad. No ayuda que muchos confiemos demasiado en nosotros mismos y en nuestra comprensión de las cosas; creer que nuestras opiniones son superiores a las de los demás nos impide buscar más conocimiento relevante.

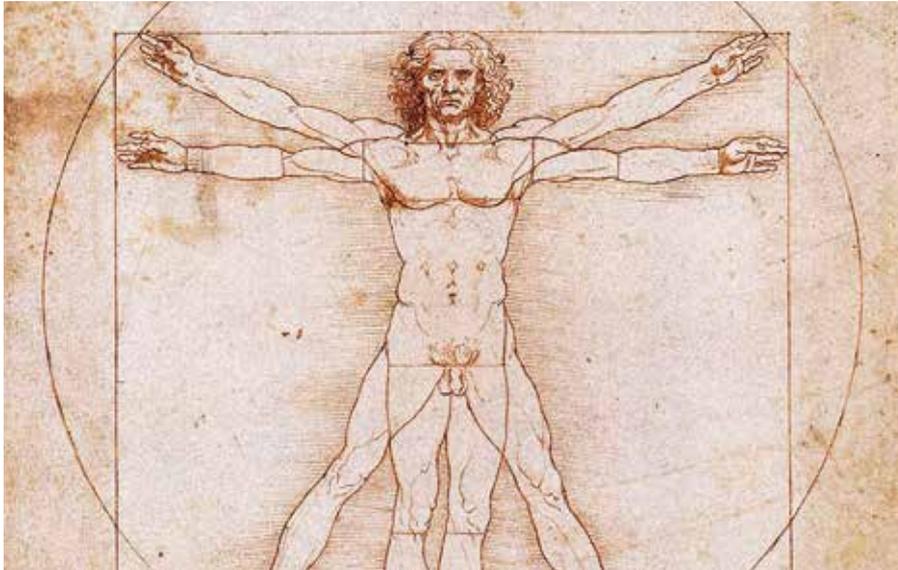
Preferimos electrocutarnos a pasar tiempo con nuestros pensamientos. Esto es algo demostrado en un polémico estudio de 2014, en el que un 67% de los participantes masculinos y un 25% de los femeninos optaron por darse descargas eléctricas desagradables antes que pasar quince minutos en un pacífico estado contemplativo.

Somos vanidosos y arrogantes. Si nuestra irracionalidad y dogmatismo se combinaran con cierta humildad y autoconocimiento no estaría tan mal, pero la mayoría de nosotros vamos por la vida con una perspectiva inflada de nuestras habilidades y cualidades, como nuestras dotes de conducción, inteligencia o nuestro atractivo, un fenómeno que se ha denominado el Efecto Lago Wobegon, a partir del pueblo ficticio en el que “todas las mujeres son fuertes, todos los hombres son atractivos y todos los niños están por encima de la media”. Paradójicamente, los menos capacitados son los más proclives a la arrogancia (es el llamado Efecto Dunning-Kruger). Esta actitud vanidosa de autoengaño embellecedor parece ser más extrema e irracional cuando afecta a nuestra moralidad, como por ejemplo en la opinión sobre lo íntegros y justos que creemos que somos. De hecho, incluso los criminales encarcelados piensan que son más amables, más fiables y honestos que el ciudadano medio.

Somos moralmente hipócritas. Es comprensible el escepticismo con quienes son los primeros y más ruidosos en condenar los fallos morales

de los demás; es probable que los predicadores morales sean también culpables, pero aceptan más sus propias transgresiones. En un estudio, investigadores descubrieron que la gente considera un mismo comportamiento egoísta menos justo cuando lo realizan otros. Hay un fenómeno largamente estudiado conocido como la asimetría del actor-observador, que describe en parte nuestra tendencia a atribuir las malas acciones de los demás, como las infidelidades de una pareja, al carácter, mientras que consideramos que cuando esas mismas acciones las realizamos nosotros lo que importa es el contexto. Este doble rasero podría incluso explicar la idea común de que el civismo está decreciendo; investigaciones recientes muestran que juzgamos con más dureza los mismos actos groseros cuando los cometen extraños que cuando los cometen amigos o nosotros mismos.

Somos troles potenciales. Cualquiera que se haya metido en una discusión en Twitter sabrá que las redes sociales pueden magnificar algunos de los peores aspectos de la naturaleza humana, en parte debido al efecto de la desinhibición *online*, y al hecho de que está demostrado que el anonimato (fácil de conseguir *online*) aumenta nuestras inclinaciones hacia la inmoralidad. Aunque hay investigaciones que han sugerido que la gente que es propensa a un sadismo cotidiano (una proporción preocupantemente alta de nosotros) suele estar especialmente inclinada hacia el troleo *online*, un estudio publicado en 2017 reveló que estar de mal humor o la exposición al troleo de otros multiplica por dos las probabilidades de que nos convirtamos en troles nosotros mismos. De hecho, un troleo inicial de unos cuantos puede tener un efecto multiplicador de la negatividad, que es exactamente lo que investigadores descubrieron cuando estudiaron discusiones de lectores en la web de CNN: “la proporción de mensajes denunciados y la proporción de usuarios con mensajes denunciados fue aumentando con el tiempo”.



LITERATURA

En voz de una niña migrante



TANIA TAGLE

Reyna Grande nació en Iguala, Guerrero, en 1975, a casi un año del asesinato de Lucio Cabañas. La extrema pobreza,

negligencia, represión y desigualdad social que atenazan actualmente al estado de Guerrero, y que para muchos de nosotros cobraron realidad apenas el 26 de septiembre de 2014, parecen haber existido desde siempre en el relato de Reyna de su primera infancia. Cuando su pequeño cuerpo de cinco años temblaba de rabia y de tristeza cada vez que la gente de su pueblo la llamaba *huérfana*. Reyna no era huérfana, era hija de migrantes que habían ido a trabajar a California sin poder llevarla, y para esa orfandad simbólica no hay un término apropiado. (“Luego de un rato, se detuvo en un mapa. Trazó una línea entre dos puntos y, como yo todavía no sabía leer, no sabía qué decía allí. —Aquí está Iguala. Y aquí, Los Ángeles, y esta... —dijo arrastrando el dedo entre un punto y el otro— es la distancia entre nosotros y nuestros padres.”) Ella y sus hermanos tuvieron que quedarse a cargo de sus abuelas, quienes recibían dinero de vez en cuando para alimentarlos, pero nunca el necesario.

Una casa de ladrillos para vivir todos juntos en Iguala había sido la promesa que sus padres hicieron al marcharse, pero Iguala, ya para esos años, estaba lleno de niños cuyos padres habían prometido lo mismo y un día simplemente dejaron de llamar o de enviar dine-

Preferimos líderes inútiles con rasgos psicopáticos. El psicólogo de la personalidad Dan McAdams hace poco llegó a la conclusión de que la agresividad explícita del presidente de los Estados Unidos Donald Trump produce una “atracción primaria”, y que sus “tuits incendiarios” son como los “alardes” de los chimpancés machos alfa, “diseñados para intimidar”. Si el análisis de McAdams es cierto, encajaría en un patrón más amplio: el descubrimiento de que los rasgos psicopáticos son más comunes en los líderes que en la media de individuos. Tomemos por ejemplo la encuesta de líderes financieros de Nueva York, que demostró que tienen más rasgos psicopáticos y menos inteligencia emocional que la media. Un metaanálisis publicado en el verano de 2018 concluyó que existe una conexión modesta pero significativa entre los altos niveles de psicopatía y la obtención de posiciones de liderazgo, lo que es importante porque la psicopatía también correlaciona con un liderazgo pobre.

Nos sentimos sexualmente atraídos por gente con rasgos oscuros de personalidad. No solo elegimos a gente con rasgos psicopáticos para que sean nuestros líderes, sino que la evidencia sugiere que los hombres y las mujeres se sienten sexualmente atraídos, al menos en el corto plazo, por gente que reúne la llamada

“tríada oscura” de características: narcisismo, psicopatía y maquiavelismo. Con ello promueven la propagación de esos rasgos. Un estudio descubrió que la atracción física que siente una mujer por un hombre aumentaba cuando era descrito como egoísta, manipulador e insensible. Una teoría que explica esto es que nuestros rasgos oscuros comunican con éxito una “calidad reproductiva” en términos de confianza y compromiso para asumir riesgos. ¿Es esto importante para el futuro de nuestra especie? Quizá lo es; otro *paper*, de 2016, descubrió que las mujeres a las que les atraían más fuertemente las caras de hombres narcisistas solían tener más hijos.

No te deprimas mucho. Estos descubrimientos no dicen nada del éxito que tenemos algunos de nosotros a la hora de superar nuestros instintos más básicos. De hecho, es posible que si somos conscientes y comprendemos nuestras limitaciones nos costará menos superarlas para así poder cultivar los ángeles que llevamos dentro. —

Traducción del inglés de Ricardo Dudda.

Publicado originalmente en Aeon. Creative Commons.

CHRISTIAN JARRETT es neurocientífico cognitivo y periodista científico. Escribe en *New Scientist*, *The Guardian* y *Psychology Today*. Es editor del blog *Research Digest* de la Sociedad Británica de Psicología.



ro. De muchos jamás se supo siquiera si habían logrado cruzar la frontera. Los niños que los migrantes, voluntaria o involuntariamente, dejaron atrás también son hijos de desaparecidos.

Pero ambos padres de Reyna volvieron, su madre solo para abandonarla varias veces más, ya no persiguiendo una casa, sino la promesa del amor romántico, que ella materializaba en cada nuevo hombre que conocía. Su padre, en cambio, volvió para despedirse definitivamente de Reyna y sus hermanos, pero sucumbió a sus ruegos y terminó por llevárselos con él a California.

A los nueve años, en 1984, Reyna Grande fue deportada dos veces en su intento de cruzar la frontera caminando por el desierto junto con su familia. La primera vez, ardiendo en fiebre a causa de una infección. En su tercer intento, su padre decidió que cruzarían de madrugada en lugar de al amanecer, pero si no lo lograban, Reyna y sus hermanos tendrían que volver a Iguala y él cruzaría solo. “Por favor, Dios, no dejes que nos vean. Por favor, Dios, déjanos llegar a salvo al otro lado. Quiero vivir en

el lugar perfecto. Quiero tener un padre. Quiero tener una familia.”

Al final, lograron llegar a Los Ángeles después de dos días de camino. Cuando Reyna preguntó a su padre qué tan lejos estaban de su hogar en Iguala, él respondió: “este es tu hogar ahora”, pero ella en el fondo sabía que, a partir de ese momento, no importaba cuándo pudiera volver a México, no importaba incluso si no podía volver nunca más, ahora siempre tendría dos hogares.

En Los Ángeles, Reyna se convirtió en escritora, y también en la primera mexicana en recibir un American Book Award por su novela de 2006, *Across a hundred mountains*, que no ha sido publicada en México ni en España hasta ahora. En ella narra la historia de la amistad entre dos mujeres que se conocen en una cárcel de Tijuana. A partir de entonces, la amistad y los lazos entre mujeres, atravesados siempre por la migración y el abandono del hogar, se convirtieron en los temas principales de su obra. En 2012, después de mucho pensarlo e incluso rechazar varias veces la idea, publicó *La distancia entre no-*

sotros, su autobiografía, y el único de sus libros que se consigue en español. Narrada desde su edad adulta, pero con la voz (y el corazón) de la niña de cinco años que ha perdido a sus padres *del otro lado*, Reyna registra con implacable ternura y desconcielo la vida interior de una niña migrante, desde el cansancio y el terror de los días pecho tierra en el desierto, hasta asistir a una escuela y aprender matemáticas en un idioma que desconoces.

Reyna no es la primera escritora migrante en Estados Unidos, pero sí es la primera escritora mexicana en tocar el tema de la migración infantil. Desde la candidez y la empatía, logra convertir debates políticos en asuntos domésticos. No necesita posicionarse ni ideologizar, porque no teoriza sobre la migración, la encarna. El enorme acierto de Reyna Grande en *La distancia entre nosotros* es que, después de leerla, es imposible volver a olvidar que ella y los miles de niños como ella son mucho más que cifras, historias y reportajes. —

TANIA TAGLE es ensayista y editora. Este año la editorial Malpaso publicará su primer libro de ensayos.

SOCIEDAD

Teoría de los tres o cuatro mundos



MARIANO GISTAÍN

na civilización alcanza los medios para duplicarse con ventaja. Corrige errores ancestrales, repara los fallos que la abruma, preserva lo óptimo.

Los contemporáneos de tal epopeya asumen los riesgos: algo se comprime, algo se perderá. Una vez dispuesto ese mundo nuevo, copiado y mejorado, se dan la opción de ir a vivirlo o de quedarse en el original, que deciden preservar, al menos durante un tiempo indeterminado, o dejarlo a su albur hasta que él mismo, por fatiga o descuido, se malogre.

Algunas restricciones del proceso obligan a decidir: quien accede al nuevo no podrá volver al mundo primigenio; el tránsito al universo naciente no anula al yo que queda atrás. La persona que decide saltar al mundo copiado y mejorado sabe que se deja a sí misma en el anterior, y que cada cual seguirá su camino: el original cumplirá su ciclo biológico y morirá según las leyes de ese mundo ya condenado a extinguirse, aunque sea en un futuro incierto que bien podría acelerarse por su propia avidez y por acumulación de errores que el nuevo trata de evitar.

Así, la persona que renuncia al tránsito debe saber que sobrevive en la decadencia. Ese mundo ya obsoleto y en descomposición puede seguir funcionando, podrá producir avances y propiciar mejoras, pero declina sin remedio, y esa es una de las razones que impulsaron la laboriosa creación del siguiente modelo.

Llega el gran día irreversible: los pocos que renuncian a vivir en el



Por fin esta civilización del hastío decide crear otro mundo que restaure algunas posibilidades que ya no significan nada: la pasión, la muerte, el miedo.

mundo nuevo fingen indiferencia ante lo que consideran una nueva fruslería u otro negocio delirante; los que han accedido a que una copia suya inaugure la nueva vida se despiden de sus originales, que son ellos mismos, en una ceremonia íntima, inédita y fugaz.

El nuevo mundo es independiente del anterior y viceversa: por previo

acuerdo unánime, ninguno puede conocer la suerte del otro ni inmiscuirse en sus asuntos. Ambos se recuerdan como fueron en el momento de la escisión. Son mutuamente olvidables.

El mundo nuevo, familiar y sorprendente, ofrece vida indefinida, acaso una suerte de eternidad inconcebible, al menos para los primeros pobladores, que arrastran por un tiempo la memoria de los límites; vida placentera sin padecimientos ni dolor; tiempo libre, salud inquebrantable, todas las cartas de la felicidad según los criterios del mundo anterior. Durante mucho tiempo la nostalgia por ese mundo original, que se va desdibujando e idealizando en el olvido, es la mayor o la única contrariedad. Existe el suicidio, el limado de ciertos recuerdos, la tecnología invisible que se mejora a sí misma, los incasos hallazgos, el asombro rutinario.

La exploración del cosmos (que de momento se ha respetado como estaba), cada vez más lejos, cada vez en mayor soledad, no aporta nada nuevo a lo ya archivado. Persiste la incógnita del origen del mundo —en este caso del mundo anterior—, los motivos, si los hubo; los azares, las difusas teorías. Auxiliada por la potencia de cálculo que les ha permitido sobrevivir y prosperar sin más límites que su imaginación (también regulable en altura), esta estirpe perfecta recae en el pasatiempo de la teología, la metafísica y los mitos primordiales.

El mal que aflige a esta civilización sin problemas es el aburrimiento, que fatalmente acaba pasando a las células. Hay muchas alternativas, infinitas variaciones, pero todas pertenecen al ámbito del juego, donde siempre se puede reiniciar la partida y no existe el riesgo. Imposible extirpar la pulsión del miedo, el recóndito mandato para sobrevivir al fin del mundo, el palpito que transmitió el tacto del puñal.

El sopor es irremediable. Conviene que tanta abulia les conduce a algo peor que la extinción, que en su depurado universo parece inviable: les orilla a la indiferencia en

medio de un mundo lleno de conflagraciones, paroxismos, agujeros negros y esa agitación de fuegos artificiales, rayos cósmicos y vanas flatulencias.

Por fin esta civilización del hastío decide crear otro mundo que, siendo ameno y vivible, restaure algunas posibilidades que ya no significan nada: la pasión, la muerte, el miedo.

Forzados a inventar el azar (también largamente olvidado) intentan establecer las reglas de ese próximo mundo falible. Pero, una vez diseñado, a la vista de las simulaciones, nadie quiere aventurarse en él, y no se llega a activar. O quizá se puso en marcha pero apenas hubo voluntarios y se dejó ir a su suerte. Ese mundo fallido formaría parte de la lista de demos, pruebas y clonaciones que a lo largo de eones se han emitido y coexisten sin rozarse.

Tras ese fallo la civilización del paraíso desembocó en una pura entelequia, renunció a los cuerpos que siempre añoraban el mundo perdido y desembocó en un magma de antimateria o mero espíritu: *software*, números y letras en la pureza absoluta y el equilibrio eterno donde todo era transparente y las ecuaciones se contemplaban unas a otras en apacible infinitud.

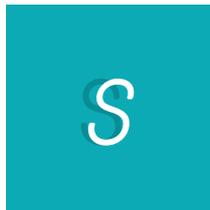
Alguna irregularidad o un residuo del pasado —acaso una pestaña— suscitó la chispa de insatisfacción que emite el abismo de la nada y finalmente ese mundo perfecto e inmóvil engendró una copia (o tal vez restauró aquella que antes había desestimado, esto no está claro) e incluso la adornó con nuevos desafíos para hacerla, al menos, tan adictiva y apasionante como aquella que en su día, según las dudosas memorias de la especie mil veces transformada, recombina y renacida, habían padecido y disfrutado en tiempos y espacios inalcanzables.

Y ese mundo jugable, adictivo y lleno de problemas, traiciones y escasez, es el que nos ha tocado vivir. —

MARIANO GISTAÍN es escritor. Lleva la página web gistain.net. En 2017 publicó *Con Buñuel por Aragón* (DGA).

LITERATURA

Vivir, matar, revivir al padre



KAREN VILLEDA

Si en *Las guerras culturales de Octavio Paz* (Colibrí, 2002; Colmex, 2014) Armando González Torres había hecho una revisión minuciosa de la figura pública del nobel mexicano y sus controversias con los representantes de diferentes generaciones, su volumen más reciente extiende el análisis y evalúa el impacto que ha tenido en estos veinte años una obra todoterreno, que “va desde la teoría literaria hasta la historia, la antropología y la política, pasando por la crítica de artes plásticas”.

González Torres ha querido mostrar en su segundo libro dedicado al poeta “la influencia y los pujantes signos vitales de Octavio Paz en la cultura contemporánea”. Este rastreo incluye los inicios de Paz (su niñez, sus primeras amistades, su primer amor), sus rasgos de personalidad (dominada por ideas estéticas y opiniones políticas), sus afinidades más íntimas (sor Juana Inés de la Cruz, Albert Camus), su labor como “polemista político”. El autor toma como punto de partida los libros y artículos que se han escrito sobre Paz desde su muerte en 1998 (e incluso su aparición como personaje en *Los detectives salvajes* de Roberto Bolaño) para emprender un profundo análisis de esas huellas. En las últimas décadas no ha habido otra figura en México como la de Paz, nos advierte González Torres, alguien que haya tenido un “éxito notable en la tarea de crear un estilo literario y de pensamiento, así como de establecer una identidad y un capital cultural”.

En *Las guerras culturales de Octavio Paz* (Colibrí, 2002; Colmex, 2014) Armando González Torres había hecho una



ARMANDO GONZÁLEZ TORRES
LOS SIGNOS VITALES.
ANACRONISMO Y
VIGENCIA DE OCTAVIO PAZ
Ciudad de México, Libros
Magenta, 2018, 122 pp.

El libro de González Torres recuerda que “el fenómeno de la posteridad” de Paz necesita lectores críticos.

La bibliografía que rodea al nobel mexicano parece inacabable y no deja de crecer. Sin embargo, en *Los signos vitales* el lector podrá encontrar un recuento puntual y condensado de gran parte de esos libros, en un estilo que combina la reflexión crítica con el rigor y que no tiene concesiones al momento de abordar tanto la obra de Paz como lo que de ella se ha escrito. Entre los títulos que trata este volumen se encuentran piezas biográficas como *Octavio Paz en su siglo*, de Christopher Domínguez Michael; análisis críticos como *El poema como caminata*, de Hugo J. Verani; o ensayos combativos como *La sombra del tiempo*, de Jorge Aguilar Mora.

En “Padres e hijos”, el segmento dedicado a la vida del poeta, González Torres traza una genealogía que permite entender el ascenso del hijo de Josefina Lozano y Octavio Paz Solórzano, un escritor, político y periodista que fundó el Partido Nacional Agrarista y fue secretario de Gobierno del estado de Morelos. A su vez, “Afinidades y querencias”, la parte centrada en las influencias de Paz, examina su faceta de “pensador ecléctico, abierto a todas las ramas del saber, cuyas influencias no siempre hizo explícitas y acaso a veces ni siquiera conscientes”. En el últi-

mo apartado, “El poeta y el pugilista”, se aproxima a las polémicas de Paz y también a los malentendidos alrededor del hombre público. Convencido de que las figuras intelectuales sufren una deformación en la percepción general debido al “bronce del elogio fácil” o el “lodo de la maledicencia”, González Torres asegura que en México “la asimilación y discusión sería de la obra y la figura pública [de Paz] pasó a segundo plano una vez que el escritor se convirtió en un polo del debate ideológico”.

Una vez que ha discutido los pormenores biográficos, los atributos de su obra y la labor de Paz como editor y fundador de *Plural* y *Vuelta*, en la recta final de su libro González Torres se adentra en su propia relación con el poeta: “No sé si me acerqué al poeta amoroso [...] o descubrí asombrado al poeta en prosa [...] o, simplemente, vi en un programa de televisión al tan irascible como deslumbrante expositor.” Es también aquí donde el autor sugiere que su generación, aquella que nació en la década de los setenta, fue la última que vivió la plenitud polémica de Paz, una aseveración que todavía está por corroborarse.

Más que realizar una serie de brillantes comentarios a la bibliografía crítica de uno de los más grandes escritores hispanoamericanos, González Torres honra en este libro los siguientes versos de Paz: “Yo no escribo para matar al tiempo / ni para revivirlo / escribo para que me viva y reviva.” Esta renovación traspasa fronteras porque la poesía y los ensayos de Paz siguen cosechando frutos que todavía falta recoger. La más reciente entrega de González Torres es un recordatorio de que el “fenómeno de la posteridad” de Octavio Paz necesita de lectores críticos: “su obra está llena de enigmas”, nos dice el autor, “cuyo desciframiento requiere [...] un sano parricidio”. *Los signos vitales* es, primordialmente, el testimonio abierto de un Octavio Paz para el futuro. —

KAREN VILLEDA es poeta y ensayista. El año pasado Almadía publicó su libro *Visegrado. Microensayos literarios de Hungría, Polonia, República Checa*.



LITERATURA

Testimonios del americanismo judío



RAFAEL ROJAS

Claudio Lomnitz ha encontrado la voz precisa para narrar la historia de su familia. Tres generaciones judías —la de sus bisabuelos, sus abuelos y sus padres— desplazadas en las décadas centrales del siglo pasado entre Alemania, Rumania y Ucrania y diversas ciudades latinoamericanas: Lima, Tuluá, Cali, Manizales, Medellín, Bogotá, Santiago de Chile, México DF... Unas memorias que encapsulan la historia de los judíos en el siglo XX, entre la Revolución rusa y la Guerra Fría, pero también la menos conocida de los diálogos entre la izquierda hebraica y el socialismo latinoamericano.

Durante todo el siglo XX, antes y después del Holocausto, los exilios



CLAUDIO LOMNITZ
NUESTRA AMÉRICA. UTOPIA Y
PERSISTENCIA DE UNA FAMILIA JUDÍA
 Ciudad de México,
 FCE, 2018, 336 pp.

judíos en América Latina, especialmente los de izquierda, debieron enfrentar el dilema de la integración a culturas nacionales en contextos donde el nacionalismo, a diferencia de la Europa de entreguerras, giraba en la órbita de los movimientos progresistas y antiimperialistas. Si en Alemania o en Rumania, de donde procedían los abuelos de Lomnitz, la defensa de la identidad judía chocaba con los ascendentes nacionalismos antisemitas, en América Latina formaba parte de las redes internacionales de un socialismo combatido por las derechas locales.

Luego de una reconstrucción muy documentada del antisemitismo en

Novoselitsa, Besarabia, en la frontera entre Rumania y Ucrania, Lomnitz narra el primer exilio de su abuelo, Miguel Adler, al Perú de José Carlos Mariátegui. Dice el historiador que, paradójicamente, su abuelo emigró a dicho país poco después de que en Rumania se aceptaran constitucionalmente los derechos civiles de la comunidad judía. Un reconocimiento tardío que no contuvo la avalancha antisemita que recorría el centro de Europa sino que acaso la aceleró, y que provocó como reacción la difusión de un sionismo de izquierda.

Es fascinante la forma en que Lomnitz reconstruye los trabajos de sus abuelos, Miguel Adler y Lisa Noemí Milstein, en el círculo de Mariátegui en Lima. Ambos serían los principales traductores del alemán y el ruso en *Amauta*, la revista de Mariátegui, a quienes probablemente debamos las versiones en castellano de Sigmund Freud y León Trotski que aparecieron allí. La mayoría de las traducciones de *Amauta* no aparecían firmadas, como era usual en las publicaciones latinoamericanas hasta principios del siglo xx, pero sabemos que en el número 16 –julio de 1928– apareció una semblanza del escritor comunista francés Henri Barbusse escrita por I. V. Anisimov y “traducida directamente del ruso por Miguel Adler”.

Como prueba Lomnitz con documentos hasta ahora desconocidos, la cercanía de sus abuelos con Mariátegui fue responsable, en gran medida, del involucramiento del marxista peruano en los debates sobre el nacionalismo judío. En la revista *Repertorio Hebreo* –fundada por Adler en 1929 y de la que por desgracia solo llegó a editar tres números– apareció el ensayo de Mariátegui “Israel y Occidente; Israel y el mundo”, en el que el pensador peruano definía una postura sobre la vieja “cuestión judía”, debatida por Karl Marx y Bruno Bauer en el siglo xix.

Aunque citaba a Marx como “profeta”, Mariátegui estaba más cerca de Bauer, toda vez que consideraba el judaísmo como un movimiento inter-

nacional anticapitalista, que no podía limitarse a la reivindicación nacional: “Israel no puede renegar de la cristiandad ni renunciar a Occidente, para clausurarse hoscamente en su solar nativo y en su historia precristiana.” Adler, con mayores reservas nacionalistas, llegaría a coincidir con Mariátegui, como se plasma en el ensayo “Un Estado judío en Palestina”, aparecido en el número tercero de *Repertorio Hebreo*, en el que sostenía que “sionismo y comunismo no se excluyen” y proponía la creación de un Estado independiente en Palestina basado en el régimen de los soviets.

Adler y Milstein velaron a Mariátegui en su lecho de muerte, en la Clínica Villarán de Lima en abril de 1930, y debieron enfrentar el duelo en medio de un recrudecimiento de la represión anticomunista y la xenofobia antisemita, tras el golpe de Estado de Luis Miguel Sánchez Cerro. Perdida la utopía limeña, los Adler-Milstein iniciarían un peregrinaje que los llevaría de Colombia, donde se casaron, a París, y de ahí, de vuelta a Novoselitsa, donde sufrirían en carne propia los pogromos y la barbarie nazi. Los bisabuelos de Lomnitz, Leah y Hershel, murieron de disentería y tifo en el campo de concentración de Bershad.

Luego vendrían la vuelta de los abuelos a Colombia y una nueva aventura intelectual, la revista *Nuevo Mundo* fundada y dirigida por Adler en Bogotá, a principios de los años cuarenta. Adler, que había estudiado etnología con Paul Rivet en el Palacio de Trocadero en París, abrió la revista a colaboradores como el escritor indígena Agustín Tisoy, en una muestra más del latinoamericanismo judío que distinguía a aquellos intelectuales. La pareja se involucró también en la creación del Instituto de Amistad Colombiano-Soviético, disuelto luego del “bogotazo” en 1948 y la revuelta que siguió al asesinato del líder liberal Jorge Eliécer Gaitán. La antropóloga Larissa Adler Milstein, entonces una joven colegiala, fue testigo de la agitación en las calles de Bogotá.

En esa estación del largo éxodo de sus abuelos, Lomnitz articula una reflexión de gran valor para comprender el prosovietismo de una parte de la izquierda judía en América Latina. Algo atraía poderosamente de la URSS a esos socialistas y era que el modelo federal y consejista de organización del Estado permitía preservar el marco identitario judío dentro de la ley soviética de nacionalidades. Pero a la vez, Adler y Milstein, mariateguistas al fin, no ocultaron simpatías por León Trotski y cuestionaron de manera abierta los rebrotes antisemitas bajo el estalinismo.

En 1949, justo cuando arrancaba la Guerra Fría y un anticomunismo de derechas militaristas y católicas arraigaba en Colombia y otros países latinoamericanos, los abuelos de Lomnitz se trasladaron a Israel. Allí, en el kibutz Ramot Menashe se conocerían los padres del autor: el científico Cinna Lomnitz y la antropóloga Larissa Adler. Él venía de Chile y ella de Colombia, y tras casarse en Israel iniciarían una peregrinación de vuelta por América Latina que los llevaría a esos países pero también a la Universidad de Berkeley y, finalmente, a México, donde se afincaron desde 1968.

Es un acierto que el Fondo de Cultura Económica haya publicado este libro, titulado *Nuestra América*, en su colección Tierra Firme. El título evoca una larga tradición en el pensamiento latinoamericano, desde el chileno Francisco Bilbao, que utilizó la expresión a mediados del siglo xix, hasta el cubano José Martí en 1891 y el argentino Carlos Octavio Bunge en 1903, que le dedicaron ensayos filosóficamente contrapuestos. Con su *Nuestra América* Lomnitz sostiene que las identidades, al ser apropiadas, se reinventan. Hay también una “América nuestra” en aquella izquierda judía que hizo suyo este continente. —

RAFAEL ROJAS es historiador y crítico. En 2018 publicó en Taurus el ensayo *La polis literaria*.